

CARTAS A UN INGLÉS

Barcelona, 27 de septiembre 1975

To Anthony T.
University of Glasgow.

My dear Anthony,

Hoy, 27 de septiembre, es un día caluroso, soleado, en Barcelona. Hace un tiempo lovely, el otoño barcelonés es excelente. Las Ramblas están llenas de flores —quizás abunden más los crisantemos que los claveles rojos— y la gente todavía va con sus ropas de verano, un verano muy húmedo, agobiante. Diría que es un verano de reprise, hemos reestrenado muchas cosas.

En casa vamos bien de salud. Resfriados otoñales, algunas jaquecas, en fin, lo de siempre. Como puedes ver, aquí también pasamos el tiempo hablando del tiempo y de la salud. Últimamente se habla mucho del tiempo, de la salud, del fútbol. Bueno, no somos tan brutos como algunos escoceses que bajan en manadas a Londres para defender a sus equipos. En España, la gente es civilizada en el fútbol porque aquí la gente tiene mucha paciencia. Te preguntará, sin duda, que qué hago yo hablando del tiempo, de la salud y del deporte. ¿Te acuerdas cuando yo criticaba a tu bloody country y te decía que sólo sabías abrir la boca para hablar del tiempo y de la salud? Pues ahora es lo que se hace en España. Vas a pensar que nos estamos convirtiendo en un país civilizado y no se trata de eso, my dear, tú lo sabes bien.

Viene a mi memoria aquel maravilloso weekend que pasé en Dorchester, contigo y con la familia de Rosemary. Veo la casa con su amplio jardín lleno de lilas, de sauces, de magnolias, del árbol de Judas. Veo a tu suegra, tan blanca, tan limpia, tan esbelta y discreta, sus ojos azules, su piel delicada, oigo su voz infantil. Parecía un personaje de la Woolf, entre sus flores y sus pájaros. Veo a tu suegro, un médico rural que citaba a Shakespeare mientras olía el tabaco de su pipa y ojeaba un libro sobre el deporte a vela, su de-

porte favorito. Te veo a ti releyendo a D. H. Lawrence y a Rosemary apoyando su cabeza en tus rodillas. Todo estaba en calma, todo iba en cámara lenta, se reía en voz baja, se hacían bromas suaves, se procuraba no herir, las conversaciones eran deliciosamente intrascendentes... Y a mi todo aquello me parecía deliciosamente cursi.

Estaba al lado de la chimenea y os observaba: ¡qué lejos está Irlanda de toda esa gente! Eso me lo decía una de las capas de mi cerebro. Pero había otra que me llevaba a repetir, como Figaro —¿recuerdas nuestras conversaciones sobre la irritante vigencia de Larra?—, ante vuestra Familienleben: «eso es otra cosa». Es cierto, eso era otra cosa, y me enfurecía todavía más esa evidencia.

Aquel día me di cuenta de lo hermoso que sería para mi país poder perder el tiempo así: perderlo en divagaciones, flores, deportes a vela y pájaros. Perderlo en inteligencias que adelantan, no en crispaciones. ¡Qué bien, me decía, el día en que los detalles de la vida volverán a tener su minúsculo, significante y sereno sentido! Ya oigo tus palabras:

—Mi amiga catalana ya está haciendo retórica.

Tienes razón, my dear, aquí todo está de un retórico subido. Hasta el silencio es retórico... ¿Cómo no lo van a ser mis cartas?

Well, hoy tengo la imaginación epistolar algo resentida. Quisiera pedirte un favor: cuando leas las noticias de hoy, día 27 de septiembre, en tus periódicos ingleses y veas lo que dicen de mi país recuerda aquello que me escribías en tu última carta: don't put all your eggs into one basket*. Aquí, no todos los huevos vienen de una misma gallina.

Love from,

MONTSE

*No metas todos los huevos en una sola cesta.



MONOLOGO DE UNA MUJER FINA

¡QUE chicos éstos los obreros! Son tremendos, tremendos. Pues ¿no les da ahora por ponerse a protestar por eso de las elecciones? Ahora, precisamente ahora, cuando los demás tenemos cosas tan serias en que preocuparnos. Es que además escogen cada momento... vamos, hay para matarlos. Y lo que yo digo, tanto protestar porque no les dejan hablar («expresarse» dicen) como ellos quieren y ¡bien hacen sus cartitas, y se reúnen aquí y allá, y en fin todo eso que les gusta hacer a los obreros! Ya podían haber esperado a que volviésemos de vacaciones. Pero nada, a fastidiar. Yo ya se lo digo a Patricio: «Mira Patricio, yo de ti, pondría más máquinas». Los obreros nunca sabes por donde te van a salir. Porque ¿qué más quieren? digo yo. Pero Patricio, que en el fondo es más bueno que el pan —por que mira que es bueno Patricio; ¡más infeliz que un cubo!— pues dice que no, que la coyuntura económica no está para cuentos, que es mucha inversión —«pero si tenemos tantos amigos que te echarían una mano querido»— y que además, que bueno, que dejaría de alimentar muchas bocas y eso a Patricio le cuenta más que nada. El siempre defiende en el club la teoría del empresario responsable. «No ten-

gas más obreros de los que puedas mantener» dice. Y tiene muchísima razón. «Pero mantenlos bien», añade, «al fin y al cabo somos personas». Siempre dice que su máxima aspiración es la de que todos sus obreros tengan coche. «Un coche ganado a pulso, honradamente, con el sudor de su frente» repite. Y es que Patricio es buenísimo. No digo más que en el club le llaman «el social». Pero es que hay mucha envidia por ahí. Al fin y al cabo él no ha tenido una huelga desde hace años y, los otros no pueden decir lo mismo. Pero es que hay que saber hacer las cosas. La última vez que empezó a haber llo en fábrica, Patricio reunió a todos los obreros y les dijo: «Mirad, yo os comprendo. ¿O os creéis que no tengo los mismos problemas que vosotros? Una mujer y cinco hijos: ¡seis bocas que mantener, seis bocas! Y además vuestra responsabilidad, la de vuestros sueldos y vuestras vidas. Vosotros no sabéis lo que es eso, ni deseo que lo sepáis». A mi me ha contado Jiménez, el jefe de personal, otro más bueno que el pan, que algunos obreros tenían hasta los ojos húmedos. Es que son muy sensibles algunos, buena gente. Pues Patricio les dijo que si todos comíamos era porque la empresa funcionaba y que si no funcionaba, pues

que no comeríamos. «Ya sabéis —les dijo— que nunca he creído que el hombre fuese una máquina. Por eso, porque creo que el hombre debe superarse, pago bien las primas y las horas extraordinarias. Así, cada uno de vosotros gana según su trabajo. Y así, prácticamente os ganais la mitad del sueldo. ¿O no? Ahora decid que no estais conformes. Decis que quereis un salario fijo y suficiente. Vale, como queráis. A partir de mañana se acabaron las horas extras. Según el INE el salario os llega más que suficiente para vivir. Lo que no os da es para el coche, pero, hijos, todo no puede ser. No se puede trabajar menos e ir en coche». Me dijo Jiménez que ninguno dijo ni pío. Pero ahora vuelven a las añadas, y es que no escarmientan. Es que son un caso. Porque lo que yo digo, el obrero acaba la semana, pone la mano y ¡a cobrar! Pase lo que pase. Y despues... a casita. Con su horario fijo, sus puntos, sus enlaces... Y no como Patricio, que muchas veces no viene ni a cenar y llamo al despacho y me contesta Cristina, la secretaria y resulta que se han tenido que quedar los dos trabajando incluso noches enteras. Y es que ser empresario es muy duro. ¡Qué se lo digan a Patricio que anda con el sueño perdido para que le permitan la reestructuración! ■ La ultra-violeta.